



ESTOY SOLO



QUINCE días hace que partió, quince martirios que arteramente arrancárame del alma el optimismo triunfal que yo tenía.

Jamás había sufrido como con esta separación; por lo increíble, por lo artera, porque jamás mi corazón y mi cuerpo amaron tanto...

Marchar así, bruscamente, en pleno idilio... ¡Es horrible!

El último día que nos vimos, casi entero lo pasamos juntos. ¡Cómo lloraba el amor mío!

Todas las formas del dolor expresó su llanto; a ratos en silencio, como si secretara íntimamente

con su corazón; en instantes, mirándome con ternura de madre, figurándose tal vez mi futura soledad, ponía sus labios en mi frente, en mis manos y las besaba al par que se empapaba con la divina cascada de su besar continuo; otras veces la doliente fantasía arrastrábala a las tierras distantes donde darán sus plantas, y entonces gemía con rebelde inconformidad, y no me era posible acallar sus lamentos ni con la esperanza lisongera del retorno, ni ocultando su cara en el cerco amorosísimo y paternal de mis brazos.

Tres ocasiones nos dijimos adiós, pero ya al separarnos se transfiguraba, como si creyera toda una mentirosa crueldad, volvíase desesperadamente y se pegaba a mi cuerpo toda ella rogándome que no la olvidara, que la quisiera siempre con la misma fe que la tuviera antaño. La ahogaban los sollozos continuados que surgían de sus entrañas; en algunos momentos no hablaba, porque no podía; sus ojos cerrábanse lastimosamente cansados; sus brazos laxos perdieron sus fuerzas y parecían muertos; y cuando miró en mi rostro el rictus de la más grande de las amarguras, y se abatió mi frente, antes erguida por el artificio de un resto de fortaleza, entonces no pudo más, y como una paloma herida cayó sobre mis brazos.



Ya no puedo, Dios mío, me dijo como si rezaran sus labios, y cual una enferma febricitante descansó en mi pecho a la mansa y dulce rima de los besos míos que parecían orar.

Al fin, animándome y fingiendo una serenidad que Dios sabe no tenía, la dije: Ya es tarde, es preciso que te vayas, te esperarán ansiosamente; el tren está para partir...

Sí, me dijo, con calma resignada y trágica; ya es hora; y luego, con rapidez, como quien resuelve el porvenir en un momento solemne, miró con mirada indefinible, de pasión dolorosa y tierna, el lecho donde nos quisimos tanto toda una juventud; y luego me besó la frente, las manos, la boca; se abrazó con fuerza momentánea a mi cuerpo todo entero, y mirándome a los ojos me dijo: Sé bueno, Lisandro mío; no me olvides, no me dejes...

Descorrió los cortinajes con brusco movimiento; medrosamente le abrí la puerta y salió. Cubrióse el rostro con un velo, y como una exhalación subió al automóvil.

A través de los cristales de mi balcón y de mis ojos, ví todavía que sacó su cabecita gentil por la portezuela, y tendiendo su mano me dijo adiós...

¿Será el último?

Quedé solo, completamente solo en esta casa, torre de marfil de mis tristezas.

Miréme al espejo maquinalmente; una transfiguración de mi rostro, rarísima, acusaba mi tragedia interna.

En la casa toda no se escuchaba ni el más suave murmurar.

No tengo ni un consuelo ni un reproche. En esta mi morada solariega nada existe que me impulse al bien ni al mal; es un arcón de ausencia, de silencio y de frío. Lo mismo a la mañana que en mis noches.

Todo lo bueno se fué; perdí todo lo bello.

¡Estoy solo! Vivo calladamente, recordando. La melancolía se ha adueñado de mi alma, y el alma de mis cosas está triste.

Con placidez de ensueño añoro mis quereres lejanos; las manos de mi padre, misericordiosas, que marcáronme la senda del trabajo y del honor; los besos de mi madre idolatrada, santos en la intención, piadosos y dulces sobre mi frente; los de *ella* mi noble ídolo, besos como rezos, como llamas, como ruegos, y sus grandes lágrimas, rocíos engarzados en la felpa de sus mejillas como rosarios de ternura, de promesas y pasiones...

Todo he perdido, todo se fué. Y héme aquí so-

litario, cautivo de una tristeza muelle, persistente, que ha enmudecido mis algaradas, abatido mi frente antes erguida en desafío, y tornado en fatales suspiros, como lamentos, los de mis labios besos de ideal y de placer.

En esta mansión puede «oirse el silencio». Y, sin embargo, las cosas hablan; me hablan de ella: ¡tantos días nos miraron juntos, como si fuera para siempre!

«Las cosas tienen alma que las guía», y el alma de estas que me rodean es la suya: su alma incomparable, exquisita, nobilísima, que en su fuerza amatoria transmigró a estos cuerpos que, en su terca serenidad implacable, me cantan a coro en el corazón sus gracias florentísimas.

Aqueste espejo y aquel, y estas sedas quejumbrosas y estos linos ahora helados, antes cálidos, glorifican en mis recuerdos las victorias de su cuerpo; deleitosamente mío en el gallardo esplendor de sus formas. Aquel vaso tenue y aristocrático donde bebimos licores y besos para embriarnos de felicidad, me recuerda su boca famosa que no supo desplegar sus labios sino para ensalzarme en ternezas. Y ese plumón de cisne y este lindo bacarat cuya esencia era hermana del aliento de su boca, sonrén, sonrén sintiendo todavía

la suavidad de sus manos de Gioconda que siempre andaban a la altura de mi bozo, o coronando divinamente mi cabeza con sus finos dedos regios que en fruición de hada perdíanse jugueteando con mis cabellos. . .

Y el último libro de versos, el de «nuestro poeta», en hondo desconuelo se nostalgia, allí está sobre el «buró», abierto en aquella página sublime:

«La Juventud se va; se van sus dones;
del placer quedan los amargos dejos,
de la pasión los desencantos viejos,
y del dolor las tristes emociones.»





MAESTRO
DE FELICIDAD



MAESTRO DE FELICIDAD

A Carlos González Peña.

DESDE la terraza del chalet, mármol blanco ornado de randas verde-rosa de enredadera, Bernardo y Florencia alcanzaban a ver el hermoso paisaje ciudadano que se esfuma entre la niebla débil del valle singular. Sobre nubes tenues, embarradas allá muy alto y muy lejos, levantan altivos los volcanes sus enhiestos picos ciclópeos de algodón petrificado y sus vertientes de cielo derretido. La gran ciudad efervescente mancha el azul del océano cóncavo, que amenaza desplomar su incógnita belleza sobre el mundo, con el humo de la civilización, y macula el silencio respetable de la

Naturaleza con la polifonía grotesca del Progreso.

Los árboles milenarios y las flores de «un sol»; la grama esmeraldina y los pájaros auricanoros; la brisa, beso casto de la tierra al cielo, y el agua de los jardines, aristocratizada por la arquitectura elegante de las fuentes, hacían amable la vida en las casas de campo del retiro aquel de próceres y artistas.

Florencia y Bernardo discurrían al amparo de la diafanidad vespertina, ante la solemne hermosura de la Naturaleza, sobre lo bello y placentero de la existencia, cuando es amor quien la informa. Florencia oía, arrobada, la de Bernardo melodiosa y tierna voz, cuyo *ritornello* optimista la seducía. Para ella que vivió la pena odiosa de un matrimonio absurdo, eran un canto redentor aquellas pláticas entusiastas de sentimentales erotismos, que la colmaban de consuelo, otorgándole misericordiosamente un bien que tenía olvidado: la esperanza. Él vivía. . .

¡Tan divina que es la vida cuando nos damos a ella en abandono total! Es buena, debemos sentirlo con pasión y creerlo con fe. Los escépticos son ingratos.

El Dolor no está en la vida, sino en las almas

de quienes le quieren o le odian. Los que le odian, desesperan; los que le aman, encontraron el secreto de la felicidad.

¡Amar al Dolor! . . . ¡Oh, sí! El Dolor odiado se torna tragedia; el Dolor consentido, mimado, crea la melancolía, esa voluptuosidad doliente que es un suspiro hecho añoranza; esa tristeza de los aristócratas mentales.

Amar al Dolor, saber sentir lo que tiene de tristemente bello, es el secreto de la felicidad. ¡V vivir, siempre vivir como viene la vida!

Así vivía Bernardo y era dichoso.

¿La vida loca de la risa? — Sí, de cuando en vez, porque la risa loca es un beso del hombre al niño que fué, a las auras pristinas, a la inocencia ida.

¿La de la sonrisa? — Sí, la mansa, delicada y ecuaníme del Bien por el Bien y del Bien por la Belleza.

¿La de la ironía? — Sí, porque es graciosa y útil esa maldad aparente de los buenos.

¿La del placer? — Sí, la del beso enamorado del beso; la de la caricia con ilusiones de arrobó; la del espasmo esperanzado en deliquios exquisitos.

¿La del ensueño? — Sí, porque la vida humana tórnase divina con la poesía de los engaños conscientes.

¿La del olvido? — Sí, para todo mal, y la del recuerdo para todo bien.

El alma de Bernardo era una mensajera del Dios bueno para triunfar del malo en el reino del amor. Por eso pasaba las horas muertas como minutos de éxtasis a la vera de Florencia, espíritu doliente hermoseedo por un cuerpo bellissimo.

Florencia tenía enfermos los ensueños. Ensofiaba la muerte cuando necesitaba otra vida. Y fué que siendo niña, casi un ángel, la engañaron. ¿Quiénes? . . . Sus ojos: la engañaron sus ojos que no sabían entonces ver las almas.

— ¿Verdad, Bernardo, que ustedes los hombres no tienen el alma en los ojos? . . .

— Mire usted los míos, Florencia.

— No; usted es muy bueno, lo gritan sus miradas; digo de los demás. . . Y nosotras, sí; vea usted mis ojos, Bernardo.

Y Bernardo se impregnaba de esencia de ternura en aquellos lindos ojos negros que, cansados de llorar, miraban tristes.

¡Pobrecilla! No podía convencerse de la bondad del vivir. Como que el recuerdo le hablaba siempre de sus padres muertos, de su niñez muerta, de sus ilusiones muertas, y las auroras diarias le secreteaban dolorosamente de su pesada soledad.

Allí, en la terraza, bañados de crepúsculo, fueron creando una confianza creciente los espíritus de aquellas juventudes: él consolando con su dicha en victoria el dolorido ser de Florencia; ella, consolada, aprendiendo a cada nueva tarde miríficos augurios que la dejaban una esperanza tímida, que le murmuraban en sus soliloquios el nombre de Bernardo.

Y así fué siendo él para ella un complemento de su espíritu, algo que se iba agrandando, agrandando dentro de su pecho como una fuerza, como una necesidad. Él la hizo afable de huraña que era; él la devolvió su benignidad, borrándole esa malquerencia por el mundo que la dominara; él la quitó esa zozobra y ese tedio crueles que le amargaban sus noches. Ahora reía, sonreía, que es más, y esperaba. . . Esperaba lo que soñaba, soñaba ya sin temores una promesa de Bernardo, una revelación cariciosa que, arrebatándola de su ingrata pesadumbre, la arrojara en lo más hondo del alma de Bernardo, de esa alma luz, de esa alma verdad que la había seducido sin quererlo, sin sentirlo.

¿La hablaría? ¿La querría? — Para qué dudarle, ¿no él mismo, su maestro de felicidad, la enseñó que la vida es buena y vale la pena de vivirse? . . .

¿Y cómo había de ser buena si lo único que anhelaba, después de no tener aspiración alguna, eran las palabras de amor del bien amado que la redimieran de su sórdida pesadumbre?

Una noche, una bella noche imperecedera, en la que Florencia y su Bernardo dialogaron menos, gozando más, se despidieron sin palabras para quedar unidos siempre.

Él retuvo delicadísimo entre sus dos manos la diestra de Florencia, hasta sentir los estremecimientos imprecisos del primer deseo, mientras ella, exangüe, pálida por la nueva luz de su espíritu, y la vieja luz de la luna, atesoró en ahogo el fiat mágico de un perpetuo porvenir maravilloso.



¿Qué malsana idea, qué cálculo egoísta impulsaron a Bernardo para no tornar?

Del cruento escepticismo de un lacerado corazón pudo Bernardo hacer germinar aquel raro brote de esperanza, ese cariño sí, medroso, creyente, que como recién nacido precisaba la luz de sus ojos y sus mimos quintaesenciados para no claudicar en su abandono.

¿Por qué engendró Bernardo aquel inculcado

entendimiento, si había de ser su verdugo cuando balbuceaba cándidamente las primeras ilusiones?

Bernardo no volvía, y Florencia, sola, en la terraza, más pálida que la luna y temblorosa como las estrellas, escrutaba con ojos de hiperestesia lastimera, si por el camino de los cedros o por el prado de las violetas llegaba la ventura con la sombra de Bernardo.

Y murieron tres tardes como tres destinos malditos...



— Señorita...

Florencia, que estudiaba irónicamente en la decepción horrible las lecciones de su «maestro de felicidad», no escuchó a la doncella.

— Señorita.

— Sí...

— Un mensajero desea verla.

— Que pase.

— Señora, tengo orden de entregar a usted personalmente esta carta.

— ¿De parte de quién?

— Del señor don Bernardo...

— ¡Ah, gracias!... y acarició con el alma la mano portadora.

La carta cantaba:

»Adorada Florencia:

Ignoro cuándo vuestra serena frente, aristocrática y magnífica, pudo inspirarme el primer recogimiento místico que me hizo olvidar a la amiga para rendir culto a la amada. Sólo sé que la última noche, cuando su manecita delicadamente tremó en la mía, le dejé mi alma para siempre.

Sufro con sus penas, me alegran sus risas y mi anhelo ferviente y misericordioso es atenuar su desesperanza con el vernal vigor de mi entusiasmo, aliviando el pesimismo pertinaz e insano de sus ideas con mis ideales plenamente buenos y bellos, y de sembrar en su alma, alta y enferma, la confianza en la vida, la fe en el amor, y un ensueño, el mío, divinamente dulce, que la arranque de la pena para elevarla a mí que no conozco la desesperación.

Mi cariño es un himno de rebelión contra su pasado, una solemne oferta de alegría para el porvenir y una conmoción altamente estética, pasional y piadosa en el presente.

La amo... porque la amo. Quizá por la antítesis de nuestras vidas.

Mis oídos gozan oyéndola, mis ojos se extasían mirándola, y mi boca ansiosa se pliega para el beso

imaginando el satín y el perfume de su cuerpo primeral y jocundo para el placer.

¡Quisiera haceros mía!... ¡Quisiera hacerte mía para darte aliento, para darte vida, para darte amor! Quisiera acariciar con cuidado de padre tu cabecita de colegiala, con tiento de hijo tus manos ducales y con exquisita terneza de amante tu boca pequeñita, guardatesoro de mieles y perlas, y tus dos tórtolas acurrucadas y dormidas que vigilan la melancolía de tu corazón.

Dime con esos labios de raso y llama, ¡que tanto he de besar!, que serás mía por la espontánea voluntad del amor más fuerte de tu vida. Dime que al pensar en mí sueñas; que al soñar en mí gozas; dime que ya no sufres; que mi amor omnipotente aniquiló tus pretéritas dolencias; dime que salvando tu destino, soy tu redentor. Dime que serás buena, que serás dichosa, que serás mía... Dime que me amas... y que Dios te bendiga como te bendice

BERNARDO."



Pasaron dos años como dos primaveras eróticas. La discípula llegó a penetrarse de la idea consoladora y alentadora de que el Dolor no está

en la vida, sino en las almas; de que la vida es toda amor y de que los pesares de amor crean la melancolía, hermana del arte, y las reconciliaciones muy más bellas que las iniciaciones.

Vivían juntos, solos y fieles al amor a la vida y a la vida del amor. Nunca el postrero día estaba celoso del anterior, porque la última noche fué siempre su última fiesta.

El hoy venturoso les aniquiló piadosamente el pensamiento de las cosas transcendentales. Sentían la vida, no la pensaban, porque en las superexcepciones de su idilio el razonamiento era un intruso que les robaba caricias y les menguaba besos.

Se acogían a la sinceridad, señora y reina de los amores de los buenos, y manejados por su temperamento erótico, sentimental, dejaban volar las horas en alas de su optimismo.

Y así vivían y así vivieron.



¿Recuerdas, Florencia, rememoró Bernardo, aquella tarde gris, bajo un cielo que lloraba lentamente? Llegué a ti cortés, amedrentado y nervioso por el aletear de aquel niño "amor" que anhelaba escaparse de mi alma para esconder sus ansias en

el aliento de tus palabras y la sangre de tu cuerpo.

¿Recuerdas, Florencia mía? . . . Fuí banal y torpe en mis frases, como poeta altísimo en el mirar de mis ojos y en el temblor de mis manos. Subimos a la terraza mudos, graves, presintiendo el porvenir que nos uniría para siempre. En el saloncito de nuestros libros, frontero a la balaustrada; en el "mirador de almas", como le decíamos después, por mirar desde él más a nuestras almas que a la floresta, al cabo de un silencio que rezaba nuestras pasiones, me diste las gracias por mi "primorosa carta-poema", que tanto bien te hiciera, y me dijiste:

— ¿Qué, de veras, Bernardo, de veras me amas tanto como dices? . . .

Y me diste tu manecita con abandono infantil, en la inconsciencia de un amor más fuerte que tu voluntad, y yo la llevé a mis labios y a mis ojos, y la apreté contra mi pecho locamente, como si temiera que fueran a robármela . . .

Después, ¡oh!, después, ¿recuerdas, Florencia? Mejilla con mejilla, aprisionada y débil fuiste . . . donde quise que fueras, y . . . maté tu dolor, tu escepticismo, tu miedo . . . Y te enseñé la vida y la felicidad, porque te enseñé el amor de los amores . . .

Y Florencia le contestó:

Yo soy fiel a mi recuerdo como a ti: ya fuí tuya, te dije, porque Dios quiso que lo fuera. Ahora ¡no me olvides, no me dejes!... por la santa memoria de tu madre, ámame siempre hasta que muera... Soy tuya como nunca fuí de nadie. Bésame, no te canses de besarme y pídemme cuanto quieras; tú eres mi dueño porque eres mi amante...

¿Recuerdas?...



El crepúsculo radioso iluminaba el confín maravillosamente. La arboleda secular de la calzada parecía como si esperara parsimoniosa la noche plenilunar para vestirse de gala; los tranvías, como inmensos gusanos estriduladores agujereados por la luz, se acercaban y huían, perdiéndose entre las frondas que temblaban a su paso, revoloteadas por el aire, que asustado despertaba de su muelle letargo vespéral.

Cuando la luna llena proyectó una sombra de dos cuerpos sobre el blanco muro del retiro áquel de próceres y artistas, Bernardo y Florencia, mirando el mundo, el amor y la vida a través de sus pupilas, discurrían sobre lo bello y placentero de

la existencia, si tiene por ley y Dios, la ley y el dios de los amores...

Allá de cuando en vez, la brisa graciosamente indiscreta lanzaba a la arboleda, a los jardines y a las fuentes borbotantes, un perdido ¡siempre tuya! o un solemne y sonoro ¡nunca, nunca!...

